

...Y el alma dijo: Sí quiero

Llegada para Jesús a su término la etapa que los exegetas llaman su vida oculta, su Padre abre el pórtico que le introduce en la misión para la que le ha enviado, dirigiendo sus pasos hacia el río Jordán donde Juan estaba bautizando. Quiere que su Hijo sea manifestado como tal ante el pueblo. Jesús se acerca entonces a Juan para ser bautizado por él. Mateo nos relata la proclamación que el Padre hizo de su divinidad apenas emergió de las aguas bautismales: “Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que salía de los cielos decía: Este es mi Hijo en quien me complazco” (Mt 3,16-17).

La riqueza catequética de este texto es inmensa. En primer lugar vemos a Jesús mostrando a todos el alfa y omega de su misión: el Misterio Pascual. Inmerso en las aguas -imagen de su descenso al sepulcro, a los abismos que desintegran al hombre- emerge, victorioso, de ellas. Es su victoria y la nuestra. Su elevarse hacia lo alto desde las profundidades, simboliza su abrir las puertas de los cielos —la esfera, el ámbito de Dios- que estaban cerradas para el hombre. Por supuesto que todos los demás israelitas que se sumergían en las aguas también se elevaban sobre ellas. La novedad de Jesús es que en Él se abrieron al unísono las aguas y los cielos; y además, el Padre testifica a los ojos de todos quién es ese Jesús: “Este es mi Hijo amado en quien me complazco”.

Así como en la creación, tal y como catequéticamente nos la narra el libro del Génesis, cada maravilla que sale de las manos de Yahvé viene acompañada de una declaración aprobatoria —“y vio Dios que era bueno”-, en el bautismo de su Hijo la aprobación es pública, alcanza a todos los que están en el Jordán. Bajo un silencio sólo comparable al que acompañó a Israel en la teofanía del Sinaí, resonó la aprobación de Dios. Estas voces vivas del Dios viviente consumaron la creación del hombre por medio de la cual llega a ser hijo amado, hijo de su complacencia. La humanidad ha sido recreada en el Hijo.

Volvemos al bautismo de Jesús en el Jordán: Cómo se desdobló en mil direcciones la Palabra del Padre en el corazón y el alma del Hijo que se abría camino en las aguas. ¿Qué pasó en el corazón del Hijo al escuchar al Padre? Esto hace parte de su secreto que no nos es permitido abordar. Lo que sí alcanzamos a saber es que, inmediatamente después del bautismo, el Espíritu condujo a Jesús al desierto, ahí donde Satanás se hace fuerte contra el hombre. Con la Palabra del Padre revistiendo todo su ser, camina hacia allí para provocar un combate, cuerpo a cuerpo, con el Padre de la Mentira (Jn 8,44). Desde el punto de vista catequético, los que se enfrentan en este combate son las dos seducciones que se abren al hombre: la de la Palabra de Dios y la del Tentador.

Jesús se adentra en el desierto para enseñarnos que poderoso es Dios para convertir el campo del Tentador en el lugar santo por excelencia. Lugar santo porque es en él donde Dios se da a conocer. Lugar santo porque en él el hombre alcanza el conocimiento sublime de dos misterios: el de Dios y el suyo. Misterios que tienden de forma natural a entrelazarse ahí, en el lugar santo, en el desierto.

Sólo el que, como Jesús, acepta ser conducido al desierto/soledad y polariza su búsqueda de Dios en el hecho único de guardar la Palabra en un terreno tan hostil a El... llega a conocerlo. Llega a conocerlo porque Dios se manifiesta a aquellos que, despreciando la “tranquilidad y seguridad que comporta el bien hacer las cosas”-como es el caso del hijo mayor de la parábola de la Misericordia (Lc 15,19)- se adentra en la precariedad que implica buscar y hacer la voluntad de Dios. Voluntad que nunca podrá manipular pues su manifestación es progresiva, no la cumple de una vez para siempre.

Le hablaré al corazón

Israel es el pueblo que ha conocido a Dios en el desierto, su experiencia es única en la historia de las religiones. Su tú a tú con Dios, su conciencia de ser heredad suya, la niña de sus ojos, el pueblo de su corazón, se fraguó principalmente en su experiencia del desierto al salir de Egipto. En su precariedad, alcanzó un conocimiento único del Trascendente, un conocimiento no basado en estudios filosóficos o metafísicos, ni siquiera antropológicos. Conoció a Dios al ser testigo de su lealtad. Me explico, no sólo por la Palabra que El le daba sino porque ésta se cumplía. Esta conciencia la hace pública y universal el mismo Jesús cuando orando al Padre le dice: “Tu Palabra es verdad” (Jn 7,17).

Tu Palabra es verdad, no es una leyenda ni un cuento. ¡Tú, Padre mío, eres leal porque siempre cumples tu Palabra! Esto que oímos a Jesús podría perfectamente decirlo Israel en su experiencia del desierto. La torpeza del pueblo consistió en olvidar la catequesis magistral que había recibido del mismo Dios. Como quien dice, de su propia boca y a la luz de sus obras pudo comprobar que la fe en su presencia y en su protección crecía prodigiosamente en las fértiles praderas de la precariedad. Con las riquezas de Canaán en sus alforjas, -riquezas que Dios mismo había puesto a su alcance- llegó a atarse al dios dinero a causa de su falta de discernimiento. Hecho que estableció una distancia irreducible entre su corazón y sus labios. Aun cuando sus labios alababan y bendecían a Dios, sus corazones estaban lejos de El (Is 29,13).

Observemos el acontecimiento. Dios ama, Israel olvida. Va al Templo, mas sus corazones, y con ellos todo su ser, están con los mismos dioses que habitan los corazones de los demás pueblos de la tierra. Bajo esta realidad,

Israel, al igual que todos los hombres cuyo apoyo es la obra de sus manos, camina hacia su anonimato. No hay peor destrucción que ésta. Anónimo es todo aquel cuyo nombre es perecedero, aquel que queda atrapado por la aniquilación del tiempo. Son anónimos porque la muerte engulle como un dragón todos y cada uno de los interminables días de su vida proclamando: “éste ya no es”.

Ante esta situación tan destructiva, Dios no se queda indiferente. Le duelen las entrañas ver al hombre tan aferrado a lo que cree que es suyo: la gloria del mundo (Mt 4,8-9), y tan ausente de lo que en realidad le pertenece: la gloria de Dios: “Les he dado la gloria que tú me diste” (Jn 17,22). Le duele, casi diríamos que se estremece de espanto, y por ello decide actuar. Actúa en el Israel que ha desertado de su identidad - ser la niña de sus ojos- enviando a sus profetas. Estos anuncian en su nombre un nuevo romance, un nuevo idilio en un nuevo desierto. Oigamos la epopeya, el nuevo canto del amor de Dios por el hombre tal y como lo hemos recibido de Oseas: “Voy a seducirla —a su esposa /Israel- la llevaré al desierto y hablaré a su corazón” (Os 2,16). La llevaré al desierto, lugar privilegiado en el que se recobra la belleza indomable de la precariedad perdida, allí pondré mi Palabra cargada de Vida, en su corazón.

Es en el desierto donde realmente crece el alma, donde la soledad y la precariedad asoman como dones inapreciables que nos hacen, por una parte, divinos; y, por otra, inmensamente más humanos. Soledad y precariedad son como un matrimonio que da a luz un corazón misericordioso; surge la misericordia como fuente natural y no como tarea de perfección impuesta. Dios seduce y lleva a sus buscadores al desierto no para que experimenten su dependencia sino porque éste es el lugar santo, el espacio de amores imposibles. Volcando su amor en el alma, Dios siembra en ella su Palabra, acallando así el dolor que le produce el sentirse inhabitada.

Es el grito -ya gemido- con el que la esposa del Cantar de los Cantares se hace oír: “Ponme como sello sobre tu corazón, como un sello en tu brazo...” (Ct 8,6). La esposa ha sufrido en soledad su noche oscura y, al ser despertada por su amado (Ct 8,5), se entrega a El en una nueva noche ésta de amores y pasiones. Noche que es testigo de temblores que estremecen su alma hasta el paroxismo. Noche en la que el deseo y la pasión dilatan su espíritu tan a lo ancho y a lo largo que deja pequeña la inmensidad del cosmos. Noche de y para amantes que juegan a crear la Vida que brota del Amor. Noche de fuego compartido en la que un coro de brasas enfebrecidas danzan al ritmo y compás del eco de unos latidos. Noche en la que el Amado reviste a su amada con las mejores galas de su propia divinidad. Noche de queiebros y caricias en la que los abismos interiores descubren su amplitud para acoger tanta ternura aún por inventar. Noche en la que los

deseos y anhelos de la amada se elevan a tan alto cielo que su propio rostro alcanza a grabarse como un sello en el Espíritu de su Amado.

El desierto es el lugar de amores esperados. ¿Por qué, pues, se busca a Dios sino porque el alma intuye que puede llegar a ser amada así? Desierto, lugar de encuentros porque en él es donde la Palabra es diseñada en el corazón por la mano del Artista de los artistas: Dios. Todo esto acontece en el desierto, y a partir de entonces es imposible que Dios caiga en el olvido. Imposible es olvidar al Dios que escogió vivir en el hombre con el fuego de su Palabra. El Trascendente se ha hecho Inmanente, se ha hecho Presencia. Las telas del alma son el palio transparente que le acogen. No es esto algo poético, es su incomparable promesa (Jn 14,23).

La eclosión del espíritu

Retomamos a Oseas: “En el desierto la hablaré al corazón”. Como siempre, Dios cumple su Palabra. Se encarna, es Emmanuel, Dios vivo en el corazón del hombre. En nuestros desiertos se desposa con nuestra alma..., El pone la dote. Oseas mismo nos hace una relación de ésta. La lista es arrebatadoramente hermosa. En ella encontramos su justicia y derecho, amor y compasión, fidelidad, etc. (Os 2,21).

Su hablar al corazón es su quedarse con nosotros. Es un quedarse divinizando al hombre. ¡Qué inmensamente hermoso se nos antoja el testimonio que nos ha dejado san Ignacio de Antioquía acerca de la acción transformadora de la Palabra en el ser humano Hacia el final de su vida, siendo ya más de Dios que de sí mismo, llegó a decir: “¡ He llegado a ser Palabra de Dios!” Bellísimo testimonio y nada exagerado. San Juan de la Cruz dijo lo mismo en otros términos: “¡Oh noche que juntaste Amado con amada, amada en el Amado transformada!”

Sedución, desierto... ¿Accidente, solución de emergencia sobre la marcha para poder salvar Dios su historia de Amor con el hombre? ¡En absoluto! Es en el desierto donde el alma manifiesta sus más genuinas y perentorias necesidades que, a final de cuentas, se reducen a una sola: ¡Dios! Por su parte, sólo en el desierto “es posible” a Dios pulsar las cuerdas vírgenes del alma para que pueda dar a luz sus más bellas melodías. Son cuerdas que llevan su nombre y marca, por lo que sólo por El pueden ser templadas y acariciadas; sólo sus manos expertas pueden arrancar de ellas su propia música. Llegados a este punto, ¡silencio!, amanece la primavera del alma, llegó la estación de los amores.

El Amor se hace creación. Acontece desde el espíritu la eclosión de una nueva sensibilidad de la que nacen sensaciones cuya riqueza y exuberancia es imposible medir. Al calor de ellas, nuestro espíritu, elevándose sobre toda la creación, proclama a viva voz que todo lo que no es Dios queda pequeño para él.

Probablemente es bajo esta experiencia que el salmista pudo decir “sólo en Dios descansa mi alma” (Sal 62,1). Al confesar esto, nuestro hombre no está despreciando nada ni a nadie; está gritando lleno de gozo que su búsqueda ha tenido el resultado deseado. Su alma ha encontrado por fin su verdadera casa: los brazos de Dios, los únicos que son apropiados para ella, para su descanso.

Terminamos con un texto precioso de Paul Jéremie que nos describe magistralmente la sensibilidad del alma: “Llevados por el fuego de esta nueva sensibilidad, el alma conoce instantes —a su vez eternos- en los que le es dado palpar el umbral del Misterio de la Gloria de Dios, su cara a cara con El. Bajo el impacto de este encuentro es movida a dibujar el Rostro en la tela imborrable de su espíritu”

Vuelta el alma en sí de ese “instante”, al mismo tiempo que permanece su gozo, advierte la imposibilidad de hacer comprensible a nadie lo que ha vivido. Tampoco es que le importe mucho; sabe que los que, como ella, han sido introducidos en el umbral del Misterio, Gloria y Rostro de Dios, comprenden todo sin palabras; basta un gesto casi furtivo para hacerse entender. Esta es la grandeza de los amigos de Dios. Tienen sus secretos y, al mismo tiempo, no necesitan palabras para compartirlos.

Antonio Pavía Martín-Ambrosio - Misionero Comboniano

NOTA: Sobre Dios que habla al corazón, aconsejamos la lectura de “La samaritana y el Pozo de Dios”, del mismo autor, publicado en Editorial San Pablo

